

Mercedes López Salvá (Ed.), *En los albores del cristianismo, volumen 5*. Madrid, Rhemata Monografías, 2021. ISBN: 978-84-120209-3-9

Es un gran acierto la reciente publicación de este libro. En primer lugar por la calidad de los artículos presentados y, en segundo lugar, por la valentía de abordar desde el punto de vista interdisciplinar el período inicial que suele pasar desapercibido en la investigación y estudio sobre la configuración y expansión del cristianismo.

“En los albores del cristianismo” surge tras el esfuerzo y empeño de varios años de seminarios organizados por la Dra. Mercedes López Salvá en la Universidad Complutense de Madrid. Poco a poco, y gracias a la colaboración de diversos especialistas, los encuentros anuales de conferenciantes fueron consolidando un estilo de comunicación y trabajo de alto nivel de maestría, al mismo tiempo que se han ido desarrollando lazos de amistad, muy en la línea de la *fraternitas* cristiana, tan mediterránea al mismo tiempo.

A la luz de esta última idea, el volumen que aquí se comenta fue tomando cuerpo por el propio contenido y ciencia de las aportaciones de los diversos autores. La inercia de los temas propuestos año tras año trajo sobre sí el espíritu de antaño, tan rico en categorías, como ‘pueblos en contacto’ o religiones comparadas, mitologías, etc. Esto se observa en la propia estructura del libro.

El conjunto de los materiales se ha organizado en tres bloques (muy *dumeziliano*, por cierto). El primero, llamado “En los orígenes”, ofrece una panorámica donde la Biblia es el centro de exposición en diversos aspectos que abarcan desde sus lenguas hasta la predicación a través de un poderoso divulgador como Pablo de Tarso, quien supo fusionar la pedagogía hebrea y una gran espiritualidad de su trasfondo judío, al ser discípulo de Rabbán Gamaliel, con el discurso de los gentiles con los que iba estableciendo relaciones; es imposible entender la expansión del cristianismo hacia Occidente si no se le tiene en cuenta. De Gamaliel probablemente Pablo tenía conocimiento de los seguidores de Jesús de Nazaret, porque, según se narra en Hechos de los Apóstoles, Gamaliel ayudaba en secreto desde su posición de privilegio en el Sanhedrín a esos primerísimos cristianos (mejor dicho, judeocristianos) cuando se les perseguía.

Junto a Pablo de Tarso no hay que dejar de mencionar a Santa Tecla, tratada en una de las aportaciones de este primer bloque. Considerada protomártir entre las mujeres e igual a los apóstoles en la tradición católica y la ortodoxa, donde es venerada. Santa Tecla es un ejemplo de lo que poco a poco se nos va revelando en excavaciones en Israel, en las que es cada vez más evidente este espíritu femenino

en los inicios de la predicación y actividad de aquellos seguidores de Jesús: las mujeres estaban muy presentes y el diaconado femenino era evidente. Tanto en Kefar Othnay como en Hippos-Susita, la exposición de cultura material apunta a ello, especialmente en el primer caso, que se suele conocer como la ‘Megiddo’s Church’, donde en inscripciones hay nombres de señoras que participaban en la vida comunitaria con sus ‘hermanos’, terminología tan apreciada entre los judeocristianos de Israel. En la actualidad, la Iglesia siríaca sigue ordenando diaconisas por pura coherencia con la vida genuina de aquellas comunidades del Próximo Oriente, en las que la paridad sin distinciones estaba viva. tal como ejercía el galileo como continuidad de las costumbres del propio pueblo hebreo.

No hay que dejar de lado otro aspecto también tratado en uno de los artículos y es el concepto de la hospitalidad y la extranjería. Si no se tiene conocimiento de la longeva historia de la región, poco se podrá entender la dinámica del judaísmo y el cristianismo. El antiguo Israel era el cruce de caminos necesario desde África y la Península Arábiga para dirigirse hacia el norte, la zona anatolia y la región del Egeo hasta más allá del Mar Negro. Igualmente había caminos antiquísimos, que luego giraban hacia el Oriente asiático, tanto Mesopotamia como lo que más adelante conoceremos como la Ruta de la Seda, que atravesaba las estepas, con sus desviaciones que posibilitaban la entrada a la India. En la mentalidad de aquellos pueblos ricos en diversidad, no podía haber otros planteamientos humanos, donde la hospitalidad era considerada sagrada y sancionada bíblicamente, como se nos narra en el Génesis cuando Abraham recibe a los tres visitantes sobrenaturales en su tienda beduínica de patriarca. Sale unos metros, se arrodilla ante ellos en la misma posición en la que rezan los musulmanes en la actualidad y les brinda bebida, comida y lavado de pies, además de cuidar de sus animales de carga. Los códigos de hospitalidad eran sólidos y un acto de alta caridad, especialmente en fechas señaladas en el calendario litúrgico. Por ello, el tratamiento hacia el extranjero va en esta línea de acomodar a aquellos que vienen a la tierra de uno y que puedan contribuir a mejorar el entorno. Desde el punto de vista de la doctrina bíblica, siempre hay un recordatorio a propósito de la forja de Israel: “Amaréis, pues, al extranjero, porque extranjeros fuisteis vosotros en tierra de Egipto”, reza el Deuteronomio 10, 19.

El segundo bloque de artículos tiene por título “Los Padres de la Iglesia”. Con este apartado se nos

presenta un mundo formidable y muy desconocido (salvo en un entorno eclesiástico) de los grandes pensadores y teólogos que supieron aunar la sabiduría y la ciencia de ambiente helenístico y romano para fundamentar desde los contenidos de razón y fe la religión emergente que se conoce como cristianismo. No siempre las relaciones entre ellos eran fáciles, pues el gusto por la discusión, de fuerte lógica filosófica y dialéctica, más la vida cotidiana de creyentes que iban estableciendo las nuevas bases espirituales entre Oriente y Occidente, hacía que el contexto fuera definiendo categorías de fe, dogmas y alta hermenéutica sobre los textos bíblicos (las primerísimas fuentes de las religiones monoteístas). Con Aristides de Atenas, mencionado por San Jerónimo y Eusebio de Cesarea, se pueden contextualizar mejor las tensiones con el mundo romano de entonces. Su *Apología* fue entregada durante el reinado del emperador Adriano (117-138) después de su conversión. Sabemos que Adriano fue uno de los Cinco Emperadores Buenos y que dejó un legado monumental de ciudades y bonanza material, una nueva *Pax Romana*. Sin embargo, las cosas en la tierra de Israel no fueron tan fáciles: construyó un templo a Venus sobre el Gólgota (lugar de la crucifixión de Jesús de Nazaret) y levantó un bosque a Tammuz-Adonis, antiguas divinidades de la fertilidad, sobre la cueva-pesebre de Belén (donde nació el galileo). Además, modificó sustancialmente la ciudad de Jerusalén, que fue renombrada como Aelia Capitolina. Tanto judíos como cristianos no podían realizar con normalidad sus veneraciones o liturgias. Por ello se entiende mejor esta *Apología*, que buscaba, en el fondo, la comprensión imperial (y, quizás, una conversión) para situar lo que estaba sucediendo en tiempo histórico, que coincide con otro levantamiento de los judíos: la Guerra de Bar Kojba (132-135), el último intento mesiánico de expulsar a los romanos y reconstruir el Templo destruido por Tito (año 70), antes de la diáspora final y liquidación de su entorno.

Otra importante mención la tenemos en Basilio de Cesarea, considerado uno de los Padres Capadocios junto con Gregorio Nacienceno y Gregorio de Nisa, además de ser uno de los cuatro principales Padres de la Iglesia, junto con San Atanasio, San Juan Crisóstomo y el mismo Nacienceno. Vive la formalización del cristianismo como religión imperial en el s. IV y busca activamente la vida ascética en Siria y Arabia. Combatió el arrianismo y otras herejías, y por ello sus encuentros con el emperador Valente, arriano, eran muy vivos, pero el ejemplo de tenacidad de Basilio hizo que Valente le respetara y dejó de presionar la diócesis del venerable. Con la ayuda de San Atanasio, el combate contra el arrianismo se expandió hacia el Occidente. Un dato curioso y que arranca una sonrisa: San Basilio de Cesarea es conocido como Papá Noel en la tradición griega y se le celebra como tal, porque visita a los niños el 1 de enero, día que se celebra su santo en el calendario ortodoxo. También se le considera patrón de los hospitales, ya que por

sus cuidados a los pobres y enfermos fundó instituciones de salud llamados “basiliadas”.

No hay religión que no tenga salmodia en la liturgia o se acompañe de música y cantos solemnes. Con este trasunto se nos presenta Romano el Meloda, también conocido como el Hmnógrafo. La parte más intensa de su vida se dio durante el reinado del emperador Justiniano (527-565), quien llevó al Imperio Romano de Oriente o bizantino a un nivel de esplendor altísimo, especialmente en Tierra Santa, donde embelleció aún más los edificios más representativos de la cristiandad: la Basílica del Santo Sepulcro de Jerusalén y la Basílica de la Natividad de Belén. Debido a su estilo literario lleno de semitismos, se cree que Romano el Meloda era de origen judío. Compu-so más de mil himnos o *kontakia* para las grandes celebraciones del año litúrgico, las hagiografías, etc. Sus sermones poéticos eran cantados y adquirieron un enorme prestigio al ser recitados los relacionados con la Natividad en el banquete imperial de Santa Sofía de Constantinopla para celebrar el diálogo entre la Virgen María y los Reyes Magos el 25 de diciembre según el rito bizantino, no el 6 de enero como se hace entre los católicos. Los himnos que se conservan, no pocos, siguen admirando a musicólogos y la sensibilidad de todo el mundo.

El tercer bloque de este volumen recoge aspectos de “Tradición y transmisión” del cristianismo desde varios puntos de vista y disciplinas. Abre esta tercera parte un estupendo artículo sobre el *titulus crucis*, una pieza de madera que se encuentra en la iglesia de la Santa Croce di Gerusalemme en Roma y que se suele considerar como la inscripción que colgaba de la cruz donde fue ajusticiado Jesús de Nazaret. A esta reliquia la rodea cierta polémica, pues, por un lado, hay veneración, como en tantas otras piezas, pero, por otra parte, un buen número de especialistas considera que es una falsificación hecha en tiempos medievales. Pertenece al grupo de reliquias que Santa Elena (madre de Constantino el Grande) llevó a Constantinopla. En 1997, el *titulus* fue presentado a reconocidos expertos de Antigüedades de Israel (IAA, por sus siglas en inglés), la Universidad Hebrea de Jerusalén y la Universidad de Tel Aviv, y todos dieron con sus trabajos un nuevo giro sobre la autenticidad de la pieza, la mayoría en sentido positivo, ya que llegaron a la conclusión de que sí formaba parte del siglo I. Sin embargo, otro estudio del 2002 vino a desmontar la datación mediante pruebas de radiocarbono de última generación, y se probó su origen medieval. En cualquier caso, el misterio alrededor de esta inscripción sigue atrayendo y el artículo dedicado a ello da buenos detalles sobre sus avatares como otras tantas reliquias.

No podía faltar una referencia sobre el Arco de Constantino, pues se le debe a este emperador el hecho de haber formalizado el establecimiento del cristianismo a nivel imperial; ello traía consigo nuevas connotaciones políticas que dio lugar a un nuevo estilo de gobierno llamado cesaropapismo. Su ubicación

en el Foro de Roma no fue casual ya que se unen la visibilidad de la nueva situación imperial más una apabullante iconografía de poder a través de la *Via Triumphalis* y la *Via Sacra*, lugares tradicionales de la ceremonia procesional del triunfo imperial. El estilo de Constantino el Grande bien pronto se hizo notar, porque Roma ya estaba en plena decadencia y el emperador ya tenía en mente el desarrollo majestuoso de la nueva capital en la ciudad de Constantinopla. La intencionalidad iconográfica marca un antes y después, ya que se buscó fusionar historia y religión, en este caso la cristiana, como nueva fundamentación de un imperio renovado en Bizancio.

Al llegar al artículo dedicado a Boecio (447-524) nos encontramos con un filósofo cristiano de gran categoría, cuya obra quizás sea reflejo de los acontecimientos históricos que vivió; nació en el momento en que el rey ostrogodo Odoacro depuso al último emperador romano de occidente, Rómulo Augústulo. Con el ostrogodo Teodorico el Grande, Boecio fue encarcelado y finalmente ejecutado bajo cargos de conspiración, después de haber servido en la corte. Sus esfuerzos por conciliar los nuevos intereses políticos con la religión cristiana fueron intensos. Por ello, y con estas convulsiones de los tiempos, los escritos de Boecio suman con maestría la lógica griega de Aristóteles, especialmente en temas de predestinación, la providencia divina, la muerte o el destino fatal. Su labor como traductor de Platón y Aristóteles, unida a la especulación teológica, le convirtieron en un puente sumamente interesante entre la antigüedad clásica, su tiempo y los siglos venideros.

No se puede entender la liturgia sin música. Más arriba se hacía otro comentario sobre este tema y en el artículo titulado “Bizancio y la nueva música del cristianismo” nos adentramos en aspectos técnicos y de evolución histórica. Bien señala su autor que hay una gran deuda con el mundo judío, debido a que la historia melódica del pueblo de Israel se fue configurando desde tiempos bíblicos antiguos, a través de la sinagoga y, principalmente, del Templo de Jerusalén. Sabemos gracias a la Mishná, Tratado Sucá, en qué consistía: doce instrumentos musicales y doce cantores (nótese la simbología numérica). La parte cantada más importante de los textos bíblicos era el Libro de los Salmos, donde se puede leer expresamente que se dan las instrucciones a maestros cantores para su correcta recitación. Los Salmos, atribuidos en buen número al rey David, son el eje espiritual y solemne de Israel y de ellos derivan diversas composiciones con el tiempo y las necesidades piadosas y litúrgicas de la vida. Los detalles que aporta el autor de este artículo añaden muchísimo en la comprensión musical tan rica y variada en la consolidación cristiana que nos llega de Oriente.

Con el artículo sobre la *Porta Clausa* de Ezequiel y el motivo de la Anunciación, hay elementos sumamente evocadores y fusionantes de fuerte resonancia judía. En el siglo I, el renovado santuario de Jerusalén proyectado por Herodes el Grande se con-

virtió en un lugar sacro majestuoso que sorprendió hasta al propio pueblo hebreo. Desde la distancia brillaba con la piedra caliza tan típica de la Ciudad Santa. Para acceder al Templo, había tres espacios bien marcados: el Patio de los Gentiles, el Patio de las Mujeres y el Patio de los Sacerdotes, donde se localizaba la casa de Dios. En el discurso simbólico, el Patio de las Mujeres representaba la conexión necesaria entre los no-judíos y los judíos; ellas participaban de las actividades que rodeaban la vida cotidiana del Templo. También sabemos de la existencia de la Puerta de las Mujeres en la muralla norte de la ciudad. Por allí las mujeres entraban y salían al mercado, para realizar sus rituales o para llenar sus ánforas de agua, pues había importantes acuíferos en esta zona. Desde el punto de vista mesiánico y escatológico, la Presencia (aspecto femenino) de Dios, la Shejiná, habitaba entre los hebreos y en su hogar, el Templo. Y hacia él miraban los judíos de todas partes para invocar la Presencia divina, que no les abandone. Sin embargo, los acontecimientos históricos fueron dramáticos en el siglo I, a los que hay que añadir la figura de Jesús de Nazaret, su crucifixión y el impacto de ello entre los sabios de Israel. María, la madre de Jesús, fue una figura crucial en la elaboración del discurso de salvación y, desde que apareció el Protoevangelio de Santiago en el siglo II, se observa una mayor dimensión activa en la historia de la redención: sin ella no habría sido posible el nacimiento prodigioso del galileo (es así como debía nacer el Mesías en Israel). La fusión de contenidos altamente simbólicos enlazan prodigiosamente con la exégesis de la puerta que se cierra del profeta más visionario, que es Ezequiel, testigo directo de la primera destrucción de Jerusalén y la deportación de los hijos de Israel con el rey Nabucodonosor de Babilonia en el s.VI aC. Yhwh cierra el pórtico del Templo de entonces en una imagen rotunda de exilio y vacío. Esta imagen era inevitable en el discurso del siglo que vivió la familia de Nazaret y traducido como la Shejiná/Presencia (femenina) de Dios que abandonó el fabuloso Templo, una nueva imagen de destierro. Esta doctrina de la Shejiná se interpretó como una figura luminosa que hacía de mediadora entre Dios y el ser humano; obsérvese la conexión con el Patio de las Mujeres mencionado más arriba. Los Padres de la Iglesia no eran ajenos a este discurso simbólico y leer en este artículo las interpretaciones de Efrén de Siria, Juan Damasceno, Romano el Meloda o Ambrosio de Milán sobre cómo integrar a María la madre de Jesús en el discurso de la redención cristiana a la luz de la nueva teología, no hace más que ofrecernos una dimensión de gran profundidad cultural y espiritual de figuras rotundas que se movieron con agilidad entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, y que culmina en la riqueza iconográfica mariana de los siglos XIV y XV. Al igual que antaño y con esperanza, la Madre siempre está dispuesta a abrir sus puertas para que el Hijo proceda en su papel de Salvador.

Como aportación original y representativa de hasta qué punto el cristianismo sirve para el estudio en otras disciplinas, nos encontramos con las interpretaciones de dos gigantes de la psicología y el psicoanálisis: Freud y Jung. Los estudios de la Psicología de la religión comenzaron en el año 1862 aproximadamente, con la obra “Psychologie” de Friedrich Schleiermacher. Desde entonces se percibía que la religión podía afectar de manera importante los diversos procesos psicológicos, que abarcan todo tipo de experiencias humanas, desde el punto de vista de la determinación de los actos morales hasta las relaciones intergrupales ya que marca el que nos llevamos bien unos con otros o cómo se puede ayudar al otro en situaciones de conflicto social por amor al prójimo. Desde el punto de vista de los juicios y la justicia, la religión también sirve para articular los conceptos de perdón o castigo. Como individuos no hay que descartar la importante labor de autoconcepción personal, luego trasladado al plano colectivo: nuestro mundo se caracteriza por un énfasis en la independencia de la persona mientras que las sociedades orientales se apoyan en la interdependencia de unos con otros. Con este artículo iluminado por Freud (padre del psicoanálisis, cuyo espíritu judío iconoclasta queda patente) y Jung (algo más optimista con respecto al simbolismo religioso y los arquetipos) hay una aportación relevante y poco conocida que abre caminos de reflexión acerca de lo que somos en la expresión religiosa.

Cerrando este trabajo vertiginoso de “En los albores” nos encontramos con Dionisio Areopagita, converso al cristianismo en el siglo I tras escuchar la predicación de Pablo de Tarso, tal como se puede leer en Hechos de los Apóstoles 17. De él tenemos el testimonio de su visita a María, la madre de Jesús, en Jerusalén, donde destacó de ella que sin duda era la Madre de Dios. También vivió su muerte y lloró con los apóstoles durante el funeral. Fue el primer obispo de Atenas y conmueve el hecho de tener una fuente no-judía de lo que vivió con los apóstoles y discípulos y la madre del galileo además de conocer cómo la ciudad del Partenón se convirtió al cristianismo.

Se ha buscado presentar una visión panorámica de lo que representa este libro pero es mucho más rica la lectura directa de los escritos de cada uno de sus autores, llenos de elementos sugerentes e inspiradores. La empresa logra su finalidad: que el *homo viator* de la antigüedad sea al mismo tiempo el peregrino en la fe y esperanza de tiempos mejores, como era la actitud de la bíblica Rut de uno de los artículos. Mientras, vivamos en la ciencia, la reflexión filosófica y religiosa que nos ofrecen los años de trabajo de investigación publicados en esta formidable obra.

Cayetana H. Johnson
Universidad Eclesiástica San Dámaso
potniatheron65@yahoo.com
ORCID: 0000-0001-8623-9108